

incendio general. Parece que lo tomaron como cosa de juego: *Visus est eis, quasi ludens loqui*. Pues no pudieramos, Señor, con la indignacion justa que nos anima, à exemplo de vuestros Profetas, estrecharos por fin, para que hagais conocer, y que se manifieste en ellos vuestra justicia? Pero nos acordamos, mi Dios, que si una vez caen en manos de esta justicia inexorable, no habrá modo de que se libren de ella. Que si una vez se condenan, ò os obligan à condenarlos, habrá de ser para siempre, y esto despierta toda nuestra compasion. Sabemos por otro lado, que son almas preciosas, rescatadas con vuestra sangre, llamadas à vuestra gloria. Han de estar eternamente perdidas para Vos, y habeis de estar, Dios mio, eternamente perdido para ellas! Esto es, amados oyentes míos, en lo que no podeis bastante pensar; y si no pensais en ello ahora cuándo lo pensareis? Será en el triste momento en que comenzareis à sentir el ardor de estas llamas consumidoras? Pero de qué os servirá el pensarlo entonces! No es cierto que no hallareis entonces en este pensamiento vuestro remedio, sino vuestro castigo? O eternidad! pensamiento saludable en la vida, pero desesperado en el infierno. Si no queremos, Christianos, que sea la materia de nuestra desesperacion, hagamosle motivo de nuestra penitencia. En lugar de exponernos à las penas eternas por una felicidad temporal, tratemos de merecer con penas temporales una felicidad eterna.

## SERMON

### PARA EL DOMINGO DE LA TERCERA

Semana.

#### *Sobre la Torpeza.*

*Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quærens requiem, & non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meam, unde exivi. Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam, & ornatam. Tunc vadit, & assumit septem alios spiritus secum nequiores se, & ingressi habitant ibi.*

*En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares esteriles buscando quietud, y no la halla. Entonces dice: yo me volveré à mi casa de donde salté: y al volver la halla desocupada, limpia y compuesta. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y vuelven à entrar en esta casa, y habitan en ella. S. Matth. cap. 12. v. 43. 44. y 45.*

SEÑOR.

**E**s doctrina comunmente recibida, y fundada en la Escritura, que hay demonios de muchas especies; y advierte San Gregorio Magno, que esta diferencia nace de las

Tom. III. Quaresma. H di-

diferentes especies de pecados à que estos espíritus de las tinieblas nos incitan. Hay demonios de soberbia, demonios de vengança, demonios de emulacion y de envidia, demonios de mentira, de ilusion y de error; y todas estas especies de demonios tienen su caracter particular, así como tienen sus propios oficios. El que hoy se nos propone en el Evangelio es el demonio de la torpeza; aquel espíritu inundo, que tiene por empleo manchar las almas purificadas por la gracia de Jesu-Christo; y aunque son espirituales, hace rlas carnales, inficionandolas con el contagio de los cuerpos: *Cum immundus spiritus exierit ab homine*. Y quiere el Hijo de Dios, que entre todos los demonios tengamos horror particular à este, y por eso quiere darnosle él mismo à conocer. De este impuro espíritu, amados oyentes míos, os quiero hablar hoy; y es cosa importante descubriros su malignidad, pues el mismo San Gregorio nos asegura, que este demonio, ó por mejor decir, el vicio que fomenta este demonio en nuestros corazones, es la causa mas general de la condenacion de los hombres, y el que todos los dias hace que tantos pecadores se pierdan: *Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum*. Os daré de él una idea, de la qual no podais sacar mas consecuencia que detestarle, y guardaros de él. Al tratar este asunto tendré presente que la palabra de Dios, cuyo Ministro soy, aunque indigno, debe ser mas casta y refinada que la plata pasada por el exámen del fuego, y acrisolada siete veces: *Eloquia Domini eloquentia casta, argentum igne examinatum, probatum terræ, purgatum septuplum*. (a) Plegue à Dios que vuestros corazones estén tan puros como esta divina palabra, y dispuestos para aprovecharse de ella: esta es la gracia que desde luego pido al Espíritu Santo por la intercesion de la mas pura de las Virgenes. AVE MARIA.

Santo Tomás, hablando del caracter que nos imprimen algunos Sacramentos de la ley de gracia, le da dos ca-

(a) Psalm. 7. v. 7.

lidades en que pone su esencia. Es este caracter, dice, un signo espiritual, y un poder espiritual: *Signaculum & potestas*. Un signo espiritual para representar en nosotros los efectos invisibles del Sacramento; y un poder espiritual para hacernos capaces de obrar las acciones propias del Sacramento. Esta es la doctrina de este Angel de las Escuelas. Pues yo digo, Christianos, (dadme licencia para hacer esta comparacion) que la torpeza tiene tambien su caracter, pero de reprobacion, en lo que este abominable pecado es un perfecto retrato del infierno. Esto es lo que intento mostraros en este discurso; y para dividirlo desde luego, este caracter de reprobacion que descubrimos en la torpeza, aunque sumamente opuesto al caracter de los Sacramentos que instituyó Jesu-Christo, no dexa de asemejarse à él de dos maneras: en que tiene juntamente la virtud de representar; y la virtud de obrar lo que representa. Porque mi intento es, que representa en el hombre el estado de la reprobacion futura: esta es su primera propiedad; y obra esta misma reprobacion en el hombre, conduciendolo à la impenitencia final: esta es su segunda propiedad. En dos palabras; la torpeza, señal de reprobacion, y principio de ella. Señal visible de reprobacion; porque ninguna cosa nos pone mejor à los ojos desde esta vida el estado de los condenados despues de la muerte; esto vereis en la primera parte. Principio eficaz de la reprobacion, porque ninguna cosa nos pone en peligro mas cierto de caer en el estado de los condenados despues de la muerte: esto os mostraré en la segunda parte. Éste es un asunto muy extenso, pero de suma utilidad. No diré palabra que no os sirva de una instruccion provechosa, y que no sea digna de todas vuestras atenciones.

## I. PARTE.

Quatro circunstancias que nos expresa la Escritura, explican perfectamente el estado de un alma condenada en el infierno. Las tinieblas y la obscuridad en medio de un fuego voraz: *Ejicite eum in tenebras exteriores*.



res. (a) La confusion y el desorden en la mansion de todas las miserias: *Terram miserie, ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.* (b) La esclavitud y servidumbre del demonio: *Execat condemnatus, & diabolus estet à dextris ejus.* (c) Ultimamente, el gusano inmortal de una conciencia, cruel y continuamente despedazada: *Vermis eorum non morietur.* (d) Esta idea sensible nos quiso dar el Espíritu Santo de una reprobacion consumada; y esto es lo que desde esta vida hallamos en la torpeza; porque no hay pecado que cause mas profunda ceguedad en el entendimiento del hombre, ni que le entre en desórdenes mas funestos, ni que mas cautivo le tenga baxo del señorío del demonio, ni que engendre en su corazon un gusano de conciencia mas insoportable, ni que mas le punce: y todo esto con gran eficacia. De donde infero, que este pecado es una señal manifesta del estado infeliz de la reprobacion. Atended.

No hay pecado que cause mas profunda ceguedad en el entendimiento del hombre; y San Juan Chrisostomo dá una razon bien manifesta de ello. Este pecado, dice, es una aficion desordenada, y una vil sujecion del espíritu à la carne, tanto, que hace al espíritu carnal, por decirlo asi. San Pablo, hablando de un hombre lascivo, no le llama absolutamente hombre, sino hombre carnal: *Animalis homo.* Pues querer que un hombre carnal pueda tener conocimientos racionales, es querer que la carne sea espíritu: y por esto concluye el Apostol, que un hombre poseido de esta pasion, aunque por otra parte parezca muy entendido, no conoce las cosas de Dios, porque estan sobre la esfera de su entendimiento: *Animalis homo non percipit ea que sunt Dei.* (e)

En efecto, Christianos (observad esta reflexion de San Bernardo, que me parece no menos sólida que ingeniosa) quando el hombre se dexa llevar de la ambicion, peca, pecando

(a) Matth. 25. v. 13. (b) Job 10. v. 22. (c) Psalm. 108. v. 7.  
(d) Marc. 9. v. 43. (e) 1. Cor. 2. v. 14.

ro como Angel: porque la ambicion es un pecado espiritual; y por consiguiente, propio de los Angeles. Quando se rinde à la avaricia, y à la tentacion del interes, peca, pero como hombre; porque la avaricia es un desórden de la concupiscencia, que es propia del hombre solamente: pero quando se entrega à los deseos sucios de la carne, peca como bruto, porque sigue el movimiento de una pasion que en los brutos predomina. Pues si peca como bruto, luego no tiene aquellas luces del entendimiento que le distinguen de los brutos, y le hacen obrar como hombre: luego está reducido à la ignominia de Nabucodonosor, está degradado de su naturaleza, está inferior à los mismos brutos; pues entre los brutos y él no hay mas diferencia, sino que él es culpable en su pasion, y los brutos no pueden serlo: *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, & similis factus est illis.* (a) Este es el discurso de San Bernardo, y cada dia le justifica la experiencia. Porque vemos que estos hombres esclavos de su sensualidad desde que la pasion los solicita, cierran los ojos à todas las consideraciones divinas y humanas, no convienen ya en aquellas cosas de que estaban antes persuadidos, no creen ya lo que crefan, no temen ya nada de lo que temian, no estan capaces de advertencias; obran sin regla ni providencia; se hacen bestiales y sin seso: tanto es el poder y fuerza que tiene este pecado para cegarlos. Vengamos à las particularidades, y esto pido que me oigais. Especialmente pierden tres conocimientos: el conocimiento de sí mismos, el conocimiento de su propio pecado, y el conocimiento de Dios. Hay ceguedad mas deplorable, ni mas espantosa?

Pierden el conocimiento de lo que son, dice San Agustín, porque en este estado de vida licenciosa dexan de ser lo que eran. A lo qual añado yo (convirtiendo la proposicion) que dexan de ser lo que eran, porque en este estado de vida licenciosa dexan de conocer lo que son. Estos dos

(a) Psalm. 48. v. 21.

dos pensamientos vienen à parar à un mismo principio. Quereis ver uno de los mas illustres, pero mas terribles exemplos de esta verdad? Pues le saco de la Escritura. Por dõnde empezó la disolucion de aquellos dos ancianos que intentaron vencer la castidad de la virtuosa Susana, y fueron tan reciamente confundidos por Daniel? El texto sagrado nos enseña la causa: *Everterunt sensum suum, & declinaverunt oculos suos, ne viderent Cælum*: (a) Perdiéron el seso, y apartaron los ojos para no ver el Cielo. Con qué cara hubieran podido mirarle, y llegar à semejante exceso? Unos Magistrados, unos Jueces, hombres venerables en la Sinagoga, que por su edad debían ser modelo del pueblo. Ah! Christianos, jamas hubieran hecho tal; sola la memoria de las calidades de que estaban revestidos, los hubiera contenido en su obligacion. Luego fue necesario que se olvidasen de sí mismos para resolverse à declarar su infame intento. Y como la conciencia no puede engañarse teniendo ojos, fue necesario cegarla absolutamente, para que no se alterase. Lo que asombra en el caso es, que hubiesen podido borrar de su entendimiento todo el conocimiento de sí mismos de tal modo, y en tan poco tiempo. Pero como la luz (dice à eso San Juan Chrisóstomo) es de tal naturaleza, que en un instante se difunde por toda la esfera del ayre, y destierra de él momentaneamente todas las sombras, así el pecado contra que hablo; este pecado, digo, grosero y carnal; en un instante cubre, por valerme de esta semejanza, à un alma con las mas obscuras sombras, y obscurece todas las luces de la razon, y de la fe.

Esta es la causa, como repará Clemente Alexandrino, de que los Poetas, que fueron los Teologos de la Gentilidad, al explicar las prácticas vergonzosas, y los tratos infames de sus divindades mentirosas, jamas las representaban en su forma natural, sino disfrazadas, y muchas veces transformadas en brutos. Nosotros los censuramos, dice

(a) Dan. 13. v. 9.

este Padre, porque infamaron así su Religion, y ultrajaron la magestad de sus Dioses; pero si se ha de juzgar bien, entendian mejor que nosotros este punto. En eso nos querian decir, que sus Dioses imaginarios no habian podido arrojar-se à tales extremos sin olvidarse de sí mismos, y al hacerse adúlteros, no solo se habian despojado del Ser divino, sino que aun habian renunciado la naturaleza de hombres.

Y en efecto no es cosa de admiracion, ver el extremo à que llegan los hombres en hacerse irracionales por este vicio? Porque no hay interes que no se desprece; no hay honra que no se ponga à los pies; no hay dignidad que no se abandone; no hay fortuna que no se arriesgue; no hay amistad que no se rompa; no hay reputacion que no se exponga; no hay ministerio que no se profane; no hay obligacion à que finalmente no se falte por satisfacer esta pasion. Un padre olvida lo que debe à sus hijos, y no se le da nada de dejarlos arruinados por sus lascivias; un Juez lo que debe al público, y no hace escrupulo de sacrificar la justicia à sus deleites; un amigo lo que debe à su amigo, y ningun caso hace de abusar de la entrada que tiene en una casa para deshonrarla; un Sacerdote lo que debe à Jesu-Christo, y no teme escandalizar su Sacerdocio con acciones abominables; una muger lo que debe à su marido, y no se acuerda de la fidelidad que le ha jurado; una doncella lo que se debe à sí misma, y no se avergüenza de perder la mas hermosa flor, y hacerse el blanco del oprobio. Si en cada uno de estos estados se hiciera esta reflexion: qué soy, y en qué me voy à entrar? no hay alma, por abandonada que esté à la violencia de sus deseos, que no bastáran las razones humanas solas para contenerla; pero están los ojos vendados, y mientras esta pasion domina, ni se sabe lo que es, ni lo que no es; porque el demonio de la torpeza nos ciega, y nos quita desde el principio el primero de todos los conocimientos, que es el conocimiento de nosotros mismos.

Digo mas. No solamente quita este demonio al hombre el conocimiento de lo que es, sino tambien el conoci-



cimiento de lo que hace; esto es, el conocimiento de su propio pecado, no dexándole sino el que basta para ser culpable en los ojos de Dios; sobre lo qual hace San Juan Chrisostomo una observacion muy juiciosa, y nos descubre una especie de prodigio que sucede cada día en nuestros entendimientos; pero hay mucha apariencia de que no caemos en él. Segun las reglas comunes, dice, llegamos al conocimiento de las cosas por la experiencia: lo que nunca hemos experimentado apenas lo conocemos; pero al mismo paso que lo practicamos y experimentamos, se nos va manifestando, y aprendemos a conocerlo. Este es el orden de la naturaleza; pero en el pecado de que hablo sucede todo lo contrario: porque jamas le conocemos mejor, que quando no tenemos experiencia de él; y no perdemos el conocimiento de él, sino quando nos desordenamos en cometerle. Esto es lo que yo llamo prodigio. Hay cosa mas verdadera, ni mas ordinaria? Reparad, dice San Juan Chrisostomo, en los sentimientos que tiene un alma inocente y pura: mira la torpeza como un monstruo, se guarda de ella como de una peste, y un contagio mortal; huye de las ocasiones, detesta las practicas ocultas, condena las mas ligeras libertades; porque está prevenida con el conocimiento de que en esto está el mas peligroso escollo de su salvacion. De dónde le viene esta prevencion? De la naturaleza; esto es, del mismo Dios, que imprimió el horror de este vicio en las almas de todos los hombres, sin exceptuar à los Paganos. El hombre que es casto aun, y se mantiene en la integridad primera de sus costumbres, tiene una idea verdadera de este pecado. No le ha cometido jamas, y por eso le conoce perfectamente; mas dexese arrastrar de él: muy presto se disminuirá este conocimiento, y se le borrará esta idea: en habiendo caído algunas veces, los mas monstruosos pecados no le parecerán tan graves: de los actos pasará al hábito, del hábito à la obstinacion, de la obstinacion al escandalo, y del escandalo al extremo de perder del todo la vergüenza. Ya mirará su pasion como una flaqueza que merece perdon en la naturaleza humana; ya no tendrá de

de ella remordimiento, la mirará como una galanteria, hará vanidad, se alabará, la tendrá por materia de triunfo. Porque estos son (dice Guillermo Parisiense en su admirable tratado sobre este asunto) los progresos de la torpeza.

Pero se hubiera jamas creído, si la deseovoltura del siglo no lo mostrara, que habia de haber en el mundo Christiano, hombres de un entendimiento tan viciado, que calificasen de pura galanteria un vicio de tales consecuencias? Si se hubieran explicado así los Paganos y los Idólatras, fuera el escándalo de nuestra Religion usar de este language despues de ellos, y como ellos. Pero que los mas disolutos entre los Paganos, y entre los Idólatras hayan tenido mas modestia en este punto que nosotros: que unos hombres que hacen profesion del Evangelio, no guarden circunspeccion alguna, ni tengan honestidad ni pureza en sus expresiones, que pongan en el numero de sus triunfos los tratos mas detestables, convertirlos en materia de gloria, jactarse al descubierto de lo que hacen, y muchas veces de lo que no hacen; ay hermanos mios, decia San Juan Chrisostomo, esta es una ceguedad peor que la de los mismos demonios.

Pero qué será ver en la Christiandad mugeres que estilán semejante modo de discurrir, tener eso por entretenimiento y por juego, gustar de los donaires, de los equívocos que tiran à este punto, divertirse en escucharlos, y no mostrar sino una falsa repugnancia, y esto de un modo, que en lugar de refrenar la licencia, antes sirve para hacerla mas atrevida, y avivarla mas? Porque no hablo aqui, mugeres Christianas, de aquellas ultimas licencias de que os hace abstener el punto solo del mundo; y respecto de ellas se puede decir que tiene Dios en poco vuestras victorias, pues si las conseguis, mas que à Dios os atendeis en eso à vosotras mismas. Hablo de otros excesos, que aunque menos odiosos al parecer, pero son otros tantos delitos; y por mas que os preciéis de que sois irreprehensibles segun el mundo, le dan à Dios demasiada materia para condenaros. Hablo de aquellas conversacio-



nes licenciosas, de las cuales nacen tantos males, y dan tan mortales heridas à las almas. Hablo de aquellas conversaciones secretas y familiares, en las cuales la familiaridad misma, y el secreto, son los mas poderosos atractivos para las mas funestas aficiones. Hablo de aquellas amistades que se tienen por honestas, pero su dulzura es la ponzoña mas insensible y pronta para inficionar los corazones, y corromperlos. Hablo de aquellos comercios continuos de visitas, de papeles, de juegos, que San Gerónimo llamaba con tanta razon ultimos indicios de una castidad que está para morir: *Moritura virginitatis indicium*. Hablo de aquellos artificios que la vanidad humana emplea en hacer sobresalir mas los atractivos de una hermosura perniciosas. Hablo de aquella detestable ambicion de recibir adoraciones con perjuicio del dueño soberano, à quien pertenece todo el culto y vasallage. Hablo de aquellas caricias, verdaderas ó fingidas, que se hacen à un hombre mundano, con que se fomentan sus detestables esperanzas, para tener un dia que dar cuenta de sus mas secretas maldades. Hablo de aquellos trages inmodestos, que ni la costumbre, ni la moda autorizarán jamas, porque ni moda ni costumbre pueden jamas prescribir contra el derecho divino. Estas, decís, son unas vagatelas; pero el punto está en saber, si Dios ha de hacer el mismo juicio que vosotras; y si vosotras mismas, quando hayais de comparecer en su tribunal, las juzgareis de diverso modo. Vosotras pretendéis que son cosas indiferentes; y yo afirmo que son otros tantos delitos: vosotras pretendéis que es necesario vivir así segun vuestras reglas: y yo afirmo que vivir así es quebrantar todas las reglas de la Religion que profesais. Y como este proceder no puede avenirse con el conocimiento de Dios (porque no hay modo de conocer à Dios, y no conocer lo que le ofende) del olvido de sí mismo, y de la ignorancia de su pecado, viene el hombre sensual à caer en la ignorancia y olvido de Dios; y ved ahí el abismo profundo en que le hunde la torpeza.

Esa es la causa, decia el sabio Pico Mirandulano, por que todos los Ateístas fueron siempre de pública notoriedad

dad unos hombres estragados por las pasiones carnales; no siendo el Ateísmo, advierte este grande Autor, el que conduce à la lascivia, sino al contrario, la lascivia el camino ordinario que conduce al Ateísmo. Esta es la causa de que todos los lascivos de profesion y estado, son comunmente unos espiritus perdidos y licenciosos en la creencia; de dexarse preocupar facilmente contra la Religion; de gustar de tener disputas sobre ella, y hallar en ella dificultades, sin saber lo que han de resolver; y de que apenas se hallará una muger de distincion de vida relajada, que no presuma de entendida, y se precie de disputar sobre las verdades de la ley christiana: porque fuera muy de su gusto el persuadirse en estas disputas, à que no hay Dios, segun aquella célebre sentencia de San Agustín: que no hay quien dude que le hay, sino aquellos à quienes les estuviera bien que no le hubiese. Esta es la causa de que corran iguales casi siempre los progresos de la impiedad, y los del vicio: y que al contrario, casi nunca tiene principio la conversion de la impiedad à la fe en un alma, sino por la conversion del vicio à la virtud; quiero decir, quando el fuego de los deseos impuros viene à amortiguarse y apagarse. La razon es muy natural: porque hallandose el hombre dado à sus gustos con una especie de impotencia para creer y satisfacerse, inquietandole la vista de un Dios en medio de sus deleites, y teniendo esos deleites una continua contradiccion en la vista de un Dios, toma al fin el partido de renunciar el un extremo por mantenerse en la posesion del otro, y de no creer ya en ese Dios, à quien mira como à un enemigo irreconciliable de su deleite, y de su desórden.

Este es el modo con que el mas sabio de los Principes Salomon, aquel hombre colmado de todos los dones del Cielo, aquel hombre que desde el cedro hasta el hisopo no ignoraba cosa que hubiese en el mundo, cuyo oráculo era, vino à desconocer su autor. No tuvo dificultad de postrarse delante de los Idolos de piedra, despues de haber adorado los de carne, y perdió las mas brillantes luces de su entendimiento, luego que entregó su corazon à criaturas viles.

Hace San Agustin una reflexion muy ingeniosa sobre la diferencia del Dios verdadero, y los dioses de la Gentilidad; ó por mejor decir, sobre la ceguedad de los Gentiles en orden à sus falsos dioses, y nuestra ceguedad en orden al Dios verdadero que adoramos. Viene esto como nacido para mi asunto. La ceguedad del Paganismo, pregunta este Santo Doctor, en qué estuvo? En que habiendo los hombres hecho sus dioses en la Gentilidad, los hicieron segun su capricho, y como los quisieron: y porque temian que estos dioses imaginados fuesen jueces demasiados severos, y condenasen con mucho rigor los desordenes de su vida, hicieron unos dioses apasionados, unos dioses cólericos, y llevados de impetus, unos dioses sujetos à los mismos delitos que ellos, para que qualquiera pudiese cometerlos sin infamia, y aun con honra. Ved ahí el extremo à que hizo la pasion que llegase la ceguedad de las naciones Paganas: pero el Dios de los Christianos, prosigue este Padre; es de condicion muy diversa; porque no habiendo sido hecho por manos de hombres, no han podido los hombres con todos sus artificios hacer que se ajuste à sus sentimientos: y siendo Santo por la necesidad de su sér, era incapaz de conformarse con sus inclinaciones corrompidas. Pues qué hace el lascivo? Conociendo lo que es Dios, y desesperando de poder hacer que se mude, niega que es su Dios; y por no dar, en los errores de la idolatria y supersticion, se abandona à la irreligion; esto es, por no atribuir à Dios propiedades indignas de quien es, como los que ofrecian incienso à un Júpiter incestuoso, borra todas las ideas de la divinidad de su encendimiento. Mas este Dios que por su esencia es la pureza misma, y no puede desdecir de sí mismo, mas quiere que los hombres no le conozcan, que no que le tengan por un Dios fautor de sus pasiones infames. No, dice en la Escritura, no seré mas vuestro Dios, antes tendré por gloria el dexar de serlo. Vosotros hareis estudio de no conocerme, y yo le haré de no ser conocido de vosotros; pues en el estado de abominacion à que el pecado os ha reducido, no os sirviera el conocimiento que tu-

vie-

vierais de mí, sino para ultraje mayor de mi santidad: pero acordaos tambien de que este olvido ha de ser el colmo de vuestra malicia, y que aun desde esta vida ha de ser su mas terrible castigo.

En efecto, Christianos, hay cosa tan horrorosa como esta ceguedad en las tinieblas del infierno? En el infierno hay tinieblas, es verdad, pero la fe que me dice que las hay, me enseña tambien que son solamente tinieblas exteriores: *Ejicite eum in tenebras exteriores* (a): mas las tinieblas de una concupiscencia ciega son unas tinieblas, por decirlo así, reconcentradas en el hombre, y tan intimas con él, como él lo es consigo mismo. Los demonios estan en la morada de las sombras y de la obscuridad, pero estan llenos de claridad en sí mismos: porque nunca conocieron mejor lo que es Dios, cuya mano vengativa experimentan: ni lo que es el pecado, por el qual padecen una pena eterna; ni lo que son ellos mismos, y el fin para que fueron criados. Estan, pues, cercados exteriormente de tinieblas; pero penetrados interiormente de luces: mas el torpe por el contrario está cercado de luces, y penetrado de tinieblas. Tiene fuera de sí todas las luces de la fe, y no habia menester mas que consultarlas, y le pusieran à la vista la dignidad de su alma santificada por el Sacramento de Jesu-Christo, el oprobio del pecado que la deshona y la mancha, y la excelencia de Dios, à quien se debe sujetar, y contra quien se rebela: pero dentro de sí no es mas que una noche obscura: y así no alcanza à ver cosa alguna. Pues no es preciso inferir, que está en unas tinieblas mas densas aun, que las de los mismos condenados?

Pasemos adelante. El desorden que reyna en el infierno, reyna igualmente en la torpeza? Igualmente, Christianos; y tanto mas, quanto el desorden del infierno está necesariamente acompañado de un gran orden que la justicia divina ha establecido en él; pues segun la doctrina de

los

(a) Math. 25. v. 130.



los Padres, el infierno, con ser infierno, es un lugar destinado por la Providencia, en el qual Dios, como Criador del Universo, restituye todas las cosas à su órden, castigando lo que es digno de castigo, y tomando las satisfacciones que se le deben de aquellas rebeldes criaturas; pero el desórden de la torpeza es precisamente desórden, y no mas. Explicaros la naturaleza de este desórden en toda su extension fuera nunca acabar. San Agustin le pone, en que el espíritu del hombre, que por el derecho de una natural superioridad, debe gobernar y regir el cuerpo, se dexa por el contrario gobernar de los sentidos. Lo que no sucede, dice el Santo, en los demas vicios, ni en las demas pasiones, en que à lo menos, si es vencido el espíritu, es vencido por sí mismo solamente; pero aqui es vencido por la carne: *In aliis quippe affectibus (dicit) animus à se ipso vincitur; hic autem pudet animum sibi resisti à corpore, quod ei inferiore natura subjectum est.* Pero este pensamiento es demasíadamente sutil para explicar el desórden de un pecado tan grosero como este. San Juan Chrisostomo nos da de él una idea mas sensible, quando nos dice, que el desórden de la torpeza en el hombre consiste en llevar al hombre à unos excesos, à donde no llega la sensualidad de los brutos. Porque es cierto, que haciendo el hombre que su razon depravada sirva à su concupiscencia, ha inventado para satisfacerse tales delitos, que la concupiscencia sola no se los hubiera inspirado; y asi como solo el hombre entre todos los animales es capaz de ser casto por virtud, y sobre las leyes de la naturaleza, asi tambien solamente el hombre es capaz de ser vicioso, y dexarse llevar mas allá de los términos de la naturaleza misma. Asi lo declaraba San Juan Chrisostomo con el exemplo de aquellas Ciudades abominables de las quales se habla en el Genesis, y sobre las quales hizo Dios que cayese el fuego de su indignacion. Infelices Ciudades, cuyo pecado execrable ha servido para pervertir à tantas! Porque, cuántas quizá vé Dios, no menos detestables, aun en medio de la Christiandad? Y si no las castiga, haciendo que llueva sobre ellas azufre y fuego, cuántas ven-

venganzas ocultas, pero mas terribles executada cada dia contra los que renuevan abominaciones semejantes? Esto nos quiere dar à entender San Pablo, quando nos los representa abandonados de Dios, y entregados à las pasiones mas infames. Y aunque el Apostol no tuvo repugnancia en explicarse al descubierto, me atreviera yo, con ser Ministro del Evangelio, à usar aqui de sus mismas expresiones? Temiera que habian de ofender vuestra modestia, aunque él las dexó santificadas; y plugiera à Dios que el demonio de la carne no os hubiera abierto los ojos para entender lo que yo no puedo decir, y que se tuviese siempre miedo de hablar en tal materia, por no enseñar à los Christianos lo que ignoran. Porque infeliz de mi, si con pretexto de confundir los pecadores escandalizara las almas inocentes y sencillas; pero digamos la verdad, Christianos; dónde están hoy la sencillez y la inocencia? Si no se hace todo lo malo, se desea poder y saber hacerlo. No diriais sino que la naturaleza no está bastantemente viciada, y que era necesario sobre ese vicio el estudio, para componerse una nueva ciencia à sí mismo de los desórdenes propios. Si sale à luz un libro diabólico, que descubre estos misterios de maldad, se busca, y se lee con toda el ansia de una curiosidad de la mayor vehemencia. Que de inficionada la imaginacion de leerle, haga en el corazon las mas mortales impresiones, llegue el veneno que introduce hasta la parte mas sana del alma, que es la razon, nada importa; este es un libro del tiempo, que es necesario haber leído, y esto sin miedo del peligro que se encuentra en él, como si se tuviera seguridad de la gracia, y se hubiera hecho algun pacto con Dios, para tener licencia de exponerse, sin que sea presuncion, à las ocasiones de mayor riesgo. Porque la curiosidad de saber lo que pensarse solo debe causar horror, es una de aquellas tentaciones que no hay escusa que la justifique; y no obstante, aun despues de preciar-se de una imaginaria reforma de vida, apenas hay quien consiga de sí mismo hacer escrupulo en esta materia.

Pero acabemos, si se puede, de desenvolver este des-



orden de la torpeza. Tertuliano parece que le concibió de un modo mas metafórico, y por consiguiente viene mejor para un discurso, que solo tiene vuestra edificación por objeto. En el libro de la castidad, en que confieso que este grande hombre arrebatado de la fuerza de su genio hablaba ya como herege, advierten sus comentadores, que era por un exceso de zelo, y no puede negarse que sus errores están mezclados con las verdades mas sólidas y santas. Dice pues (y es esta una de esas verdades) que el espíritu impuro tiene una como conexión necesaria con todos los vicios, y que todos ellos están, por decirlo así, à sus gages y à su sueldo, siempre prontos para servirle en el logro de sus abominables intentos. Por él (pongo por exemplo) el homicida derrama la sangre humana; por él la perfidia prepara las ponzoñas; por él la calumnia es ingeniosa en inventar; por él la injusticia es todo poderosa, quando es la sollicitacion lo que se intenta; por él la avaricia se vá à la mano en los gastos; por él el perjuro engaña; y por él el sacrilego se atreve à lo mas sagrado. Ved ahí, decia Tertuliano, el infernal aparato que se me representa, quando considero los pasos de esta peligrosa pasion: *Pompam quamdam, atque suggestum aspicio mæobis*. La lascivia se pone à la frente de todo esto, y todo la sirve de escolta. Pensamiento que concuerda con el del Hijo de Dios, quando en el Evangelio nos representa al espíritu impuro acompañado de otros siete, tan depravados, ó mas que él; pues casi siempre siguen al demonio de la torpeza, el demonio de la venganza, el de la discordia, el de la impiedad, el de la injusticia, el de la murmuracion, el de la prodigalidad, el de un atrevido descaro, y de una osadia licenciosa; y aun cuántos pudiera añadir? Pero detengámonos en estos, para verificar literalmente la sententia de Jesu-Christo: *Et assumit septem alios spiritus secum nequiores se*.

Hablemos sin rebozo. Confesemos que este pecado es en efecto el principal desorden del mundo, pues tantos arrastra en su seguimiento. Digo que se derrama por él la sangre humana; escuchadme. Qual fue el origen de las guer-

guerras mas crueles y fatales para los pueblos, sino una pasion de amor? Una muger que sacó de su casa un hombre sin juicio, fue la centella que levantó los mas furiosos incendios, y consumió naciones enteras. El ser lascivo un hombre, fue la causa de perecer millares de hombres con el hierro, y con el fuego. Pero no vamos tan lejos à buscar pruebas de esta verdad. Nuestro siglo tan infeliz, tiene bastantes pruebas para convencernos; y no ha permitido Dios que engendrarse monstruos, sino para forzarnos à que lo confesemos. Los hemos visto con horror, y tantos sucesos trágicos nos han enseñado mas de lo que quisieramos, lo que puede producir un trato poco honesto, no solo en los estados, sino en las familias mas respetables. El dar un veneno era entre nosotros un delito que nunca se habia oído: el infierno le ha hecho comun por el interes de esta pasion. Sabido es, decia el Poeta, que puede mucho una muger irritada; pero no se sabia el exceso à que podia llegar su ira; y esto ha querido Dios que conociésemos nosotros. A la verdad, no os feis de una muger licenciosa dominada del espíritu de la disolucion: si poneis estorbo à sus designios, no habrá cosa que no mueva contra vosotros; no la detendrán los mas sagrados vínculos de la naturaleza; os venderá, os sacrificará, os hará víctima de su enojo. Por el homicidio, proseguia Tertuliano, se mantiene el amancebamiento; por medio de él se libra un adúltero de la molestia que le dá un competidor; y con él la incontinencia de una muger oculta su confusion con la ruina del fruto de su pecado.

Digo que este pecado hace profanar las cosas sagradas. Se hubiera creído (si no hubiera hecho la misma providencia que en nuestros dias se viese lo que no podrá leer la posteridad sin horror) se hubiera creído, digo, que habia de haber sido la razon de una brutal pasion el sacrilegio! Que habia de haber entrado la profanacion de lo sagrado entre las disoluciones de una licencia desenfadada? Que lo mas digno de respeto que hay en la Religion se habia de haber empleado en lo mas abominable que tiene la lascivia, y que el hombre (segun la prediccion de Isaías) habia de

haber hecho que sirviese su mismo Dios à sus deleites infames? *Veruntamen servire me fecisti in peccatis tuis, & laborem mihi præbisti in iniquitatibus tuis.* (a) Digamos cosas menos horrosas, y quedense estas, si es posible, sepultadas en un olvido eterno. Digo que el espíritu impuro mantiene las disensiones y las contiendas de un lugar, y de un país. Bien lo sabeis: tres ó quatro mugeres de mala fama, y conocidas por los sucesos de su vida, son casi siempre la causa de quanto se maquina; y de ahí nacen las enemistades de los que frecuentan su trato, de ahí los impetus de los que se tienen por despreciados, los odios irreconciliables entre ellas mismas, las discordias domésticas, y las furias de un marido, à quien esta llaga, en habiendose abierto una vez, nunca le dexa sino los mas acerbos dolores, y un resentimiento muy profundo y amargo. Digo que la torpeza hace à la calumnia ingeniosa en fabricar acusaciones, y sobornar testigos: está la memoria de esto muy reciente. A lo menos no es esta la fuente empozoñada de donde nacen las sátiras mas sangrientas, las murmuraciones mas atroces, los libelos injuriosos è infamatorios, y otros mil insultos contra la reputacion del proximo, y contra la caridad? Digo que esta pasion hace à la injusticia todo poderosa en sus solicitudes: os dexa dudar de ello la experiencia que teneis del mundo? Se sabe que esta muger gobierna al Magistrado; se sabe bien el modo de interesarla y de ganarla; y esto basta, porque con esto no hay buen derecho que no ceda, no hay trampa que no salga bien, no hay violencia ni supercheria que no prevalezca. Quántos Jueces se han pervertido por el sacrificio de una castidad vendida y abandonada? para quántas infelices ha sido lazo y tentacion la necesidad de pretender con un Juez lascivo? Digo que este vicio arruina las casas, y destruye las haciendas: no habeis visto hartos exemplos? Dichoso si no habeis hecho la experiencia por vuestro propio pecado, ó por el de otro. El desorden antiguo y comun

(a) Isai. 13. v. 24.

mun era ver con compasion à un insensato pródigo baxo del nombre de amante, hasta llegar à la extravagancia, contentar la avaricia y la profanidad de una muger en que idolatraba; pero el desórden del tiempo presente es por el contrario, ver à una muger que ha perdido el honor, no menos que la conciencia, con un trueque nunca oido en otros tiempos dar los primeros pasos, y hacer los gastos, y las costas, apurarse, audearse, y arruinarse por un mundano à quien se ha sujetado: ver que pasa por todos sus caprichos experimentando en él arrogancias, y siendo el que manda en su casa como dueño. La indignidad es, que este desórden se establece de tal suerte, que se hace costumbre; el criado se hace à pasar por él, es obedecido este señor extraño, sus órdenes se respetan y executan, porque se conoce el imperio que su delito le da: y entretanto esa muger, atropellando con todo, y libre de los respetos humanos, cuyo yugo ha sacudido, hace vanidad de no reparar en nada, y pone su gusto en sacrificarlo todo por preciarse de una victoria ridicula, y de una necia gloria de ser amante.

No os ofendais, Señoras; y quando hubiera alguna imprudencia en el exceso de estas reprehensiones, tened bien que à exemplo de San Pablo os ruegue encarecidamente que las sufrais: *Utinam sustineretis modicum quid insipientie mee, sed & supportate me.* (a) Dios, testigo de mis intenciones, sabe el respeto à vuestras personas, y el zelo de vuestra salvacion con que hablo el dia de hoy: pero Dios tiene sus fines, y debe esperarse que no ha de ser siempre infructuosa su palabra. De vosótras, Señoras (bien lo sabeis, pero lo habeis pensado bien alguna vez delante de Dios?) De vosótras depende la santidad y reformacion de la Christiandad; y si fuerais tan Christianas como debeis, el mundo con una necesidad feliz se hiciera Christiano. El desórden que me desconuela es, que en estos tiempos se presume, y puede ser que con razon, que teneis

(a) 2. Cor. 11. v. 1.



neis la culpa de la disolucion de las costumbres que vemos crecer de día en día; y no solamente se acusan vuestras des-envolturas, vuestras complacencias y flaquezas, sino que se atribuye tambien la culpa à vuestras artificios, y à la depravacion de vuestros corazones. No asombra, que en lugar de aquella modestia y compostura que os habia dado Dios por adorno propio vuestro, haya entre vosotras algunas tan obstinadas, que hagan estudio de señalarse en un género de donaire y libertad, de que tantas almas se dexan prender como del atractivo mas capaz de corromperlas? El exceso del desorden está, en que todas aquellas prevenciones de la decencia, que antiguamente servian á la pureza de resguardo, se vean hoy desterradas como molestas. Muchas cosas que se tenían por escandalosas, y hubieran bastado para hacer sospechosa la misma virtud, no se reputan por cosas de consecuencia. La costumbre, y el buen gusto de este siglo la autoriza, al paso que el demonio de la torpeza sabe sacar de ellas sus ventajas. El colmo del desorden es, que las obligaciones mas comunes y mas inviolables, aun respecto de los mismos Paganos, son en estos tiempos el asunto de la risa. El papel que se representa en un teatro es un marido traspasado del sentimiento del deshonor de su casa; una muger que tiene ingenio para engañarle, sale al teatro para hacer el de una muger heroyca: unos espectáculos en que la disolucion se quita la máscara, y en que se corrompen mas corazones, que convertirán jamas los Predicadores del Evangelio, son los que allí se llevan los aplausos. La sujecion, la dependencia, el mantenerse en los términos de la decencia de la propia condicion, todo esto se representa como una especie de tiranía, de la qual ha de librar la industria. Oír esto no cana, y algo que por su triste destino es mas interesado en lo que se representa, es el primero que gusta de esta diversion. Imaginad por otra parte un marido, que habiéndole Dios hecho el favor de darle una muger prudente y cabal en todo, no dexa de encapricharse de una pasion extravagante; ama por obstinacion lo que muchas veces no tiene por qué ser amado, y no puede por ra-

zon

zon amar el objeto, en quien debia emplear todo su amor; no dá de mano con desden à lo que le es permitido, sino porque le es permitido; no sigue con ansia lo que le es prohibido, sino porque le es prohibido; trata con aspereza y rigor à lo que habia de ser el objeto de su cariño, y adora con terquedad lo que es causa visible de sus desgracias. A esto llamo desorden; pero cuántos paso en silencio, y no puedo ponerlos à la vista?

Despues de eso, à la ceguedad y al desorden añado tambien la esclavitud, que es la tercera semejanza del estado de los torpes con el de los condenados en el infierno. En los demas pecados (dice San Gregorio Papa) el espiritu de las tinieblas nos hace guerra como enemigo, nos incita como tentador, nos coge como engañador en sus lazos; pero en este nos domina como un tirano. Si nos pervierte (prosigue este Padre) con otra pasion, no obstante su victoria, siempre está con desconfianza, siempre está rezeloso de que nos mudemos, y de que la gracia le arranque la presa que tiene entre las manos; pero si nos ha hecho caer en una torpeza, si nos ha heredado en un trato delinquente, entonces es el fuerte armado del Evangelio; entonces tiene presa al alma en sus lazos, está seguro de su conquista, y se tiene por poseedor pacifico de ella: *In pace sunt ea que possidet.* (a) Por qué levantaba, pregunta San Agustin, tantas persecuciones contra los Christianos en los primeros siglos de la Iglesia? Porque los Christianos vivian con una total pureza de costumbres, eran castos por su profesion, y por consiguiente estaban libres de la dominacion del pecado: y como el demonio no podia señorearse de ellos con el amor del deleite, intentaba vencerlos con el horror de las penas; pero despues que halló el modo de introducirse en la Christianidad con los deleites sensuales, cesaron todas las persecuciones: porque le pareció este camino mas corto, y mas seguro. Executando su crueldad contra los Martires, atormentaba sus cuerpos, pero para él se quedaban perdidas las almas: mas la

(a) Luc. 11, v. 21.

torpeza le sujeta sin derramar sangre las almas, y los cuerpos. Y puedo con razon decir aqui lo que San Hilario decia al Emperador Constancio, quando con albagos perniciosos tentaba y derivaba à los fieles: Plugiera à Dios, que hubieramos vivido en el tiempo de los perseguidores! Mucho mas debemos à los primeros Cesares, pues por ellos triunfamos del infierno: *Plus crudelitati debemus, quia diabolum vicimus*: pero ahora peleamos con un enemigo tanto mas terrible, quanto menos lo parece. No despadaza la carne, sino la alhaga: *Non dorsa cœdit, sed membra palpat*. Persiguiendonos nos diera la vida, pero acariciandonos nos da la muerte: *Non proseribit ad vitam, sed sicillat in mortem*. Reduciendonos à una prision nos diera la libertad, pero nos detiene en su palacio, para reducirnos à la servidumbre: *Non tradit carceri in libertatem, sed intra palatium retinet in seruitutem*.

Asi hablaba este Santo Obispo; y este es el estado triste que gemia San Agustin tanto tiempo, y sobre el qual se reprehendia con tanta fuerza. Este hombre grande antes de su conversion, sin haberle hecho fuerza aun los motivos poderosos que le hicieron despues volver en sí, no obstante suspiraba al verse esclavo de su pasion. Aun no queria ser de Dios, pero queria à lo menos ser dueño de sí mismo. Ea bien, Agustin, se decia, siempre has de estar señoreado de una ciega concupiscencia, y dominado de los sentidos? Te has de quedar anegado en tus infames deleites? Despues de haber tomado el gusto à las delicias del alma has de seguir los apetitos del cuerpo? Y aun si conservaras algun dominio sobre tu concupiscencia! pero que te haya de gobernar la carne! que en los mas nobles ejercicios de tu alma haya de venir à inquietarte con un apetito bruto! que no te haya de dar treguas ni descanso, y que hayas de estar siempre pronto para obedecerla! Ah! esto es llevar contigo un infierno, porque es llevar un demonio, que sin cesar te hace experimentar su mas impetuosa, y cruel tirania!

De ahí nace el gusano de la conciencia, y la inquietud: quarta y ultima semejanza del torpe con los conde-

na-

nados en medio de los incendios que los abrasan. Porque el hombre sensual, y dado à deleites, quiere satisfacerse, y busca una cierta quietud, que juzga puede conseguir siguiendo sus detestables deseos; pero por disposicion totalmente contraria de la providencia, al seguir sus deseos detestables pierde la quietud, y se pone en estado de no poder hallarla: *Querens requiem, & non invenit*. (a) De dónde la pudiera esperar? De parte de Dios criador suyo, y juez de las acciones de su vida? De parte de la criatura que adora, de aquel objeto infeliz de su pasion y de su afecto? Pues uno y otro, si discurre bien, y aunque discorra mal, se le convierte en un manantial de inquietudes, de pesares, de remordimientos, de desesperaciones. Atendedme un instante, y concluyo esta primera parte.

Inquietud de parte de Dios, à quien el torpe considera como juez de sus acciones y de su vida. Porque todo pecado, por la razon general de pecado, causa entre Dios y el pecador, en quanto es pecador, una division irreconciliable y una guerra. Por consiguiente es imposible que el pecador, desde que se rebela contra Dios, no pierda la paz: *Quis restitit ei, & pacem habuit?* (b) Pero es fuerza confesar, que le conviene esto aun mas singular y propriamente al pecado de la carne. San Juan Chrisostomo da la razon de ello, y la experiencia la confirma. Porque no hay pecado, dice este Padre, con que el hombre esté mas precisado desde el principio à darse en cara à sí mismo, ni hay pecado de que sea mas dificultoso el lisonjearse, y formar sobre él una conciencia erronea; ni hay pecado que mas naturalmente lleve consigo la confusion y la infamia, y en que pueda tener menos lugar el pretexto del error y la ignorancia: luego no hay pecado que mas vaya à los alcances con el remordimiento, ni que por su naturaleza sea mas incompatible con la quietud y tranquilidad del alma: *Querens requiem, & non invenit*. (c)

En

(a) Matth. 12. v. 43. (b) Job. 9. v. 4. (c) Matth. 12. v. 43.



En los demas pecados (añade San Juan Chrisostomo) en fuerza de tener preocupado el entendimiento, juzga el que peca, aun quando está pecando, que tiene razon; à lo menos se libra de la inquietud con lo que causa el pecado, quando se comete con actual persuasion de su malicia. De este modo el odio, la ambicion, y la avaricia incitan cada dia al hombre à unos excesos, que le hacen reo delante de Dios, pero no le estorban el que goze de un profundo reposo dentro de sí mismo. Como son pecados mas ocultos, no solamente sabe el amor propio disfrazarlos, sino justificarlos, hasta hacer que parezcan justos: y esa es muchas veces la causa de estar llenos de soberbia, de agraviar al proximo, de ofender la caridad y la justicia sin ningun remordimiento: porque concuerda uno en eso consigo mismo, y es cosa rara que se juzgue à sí mismo con todo rigor en esos puntos. Este es, dice San Juan Chrisostomo, el caracter de los pecados propios del espíritu.

Solamente en el pecado de la carne, por poco que le haya quedado de Religion, está obligado el hombre à condenarse à sí mismo, no encontrando cosa que pueda servirle de defensa, ni de escusa: es demasiado grosero este pecado, para servir de motivo à las ilusiones de una conciencia errónea; y el alma por alguna reliquia de integridad, que no destruye esta culpa, desde que cae en ella se vé forzada à reconocerse culpable, y dar sentencia contra sí misma; y empieza desde luego à ejecutarla con los terrores de una eterna condenacion que se apoderan de ella. Apenas ha gustado el lascivo del fruto de su incontinencia, quando experimenta su amargura. Apenas ha concedido à sus sentidos lo que la ley de Dios le prohíbe, quando queda espantado, confuso, entregado como Cain à su propio pecado, que le sirve de castigo y de tormento. Parece que aquel rayo primero de la fe que le alumbra, tira à descubrirle su enormidad y deformidad para quitarle todo el deleite. Mientras cree que hay un Dios vengador de los delitos, ese es su estado: *Querens requiem, & non invenit.*

Bien

Bien sé, y lo he dicho ya, que al paso que se desenfrena, quisiera sacudir el yugo de esta fe que le importuna; y que uno de los efectos del desto impuro que le ciega, es enflaquecer en su entendimiento la fe de las verdades que le turban, y le contienen en la raya de su obligacion. Pero si se libra de la inquietud provechosa de la penitencia, es para caer en otra mas triste y horrorosa: digo en la de un alma arrebatada de la pasion, y vacilante en la fe. Porque, ò el demonio de la torpeza que le posee le ha hecho absolutamente infiel, ò no. Es decir, ò le queda aun, à pesar de su desenfrenamiento, algun respeto à los oráculos de la palabra de Dios, ò le ha perdido ya del todo. Si le ha quedado, cómo puede oírlos sin estremecerse? Si le ha perdido, qué seguridad puede tener de lo demas, no dando oídos sino à sí mismo?

En efecto, si dexa de ser Christiano à qué miserias no se arroja, quedando expuesto, no ya à los sustos que le causa su fe, sino à las incertidumbres crueles con que su infidelidad misma le atormenta? Porque no asegurándole esta infidelidad en nada, y haciendo que todo lo aventure, de qué le puede servir para hallar la paz? En falta de la fe, que ha repudiado aquella alma naturalmente racional, qué no dice contra él para alterarle, y llenarle de un sumo desconsuelo aun en medio de su disolucion? Qué combates, qué ocultos torcedores no tiene qué sufrir? Qué dificultades que vencer? Qué dudas que resolver? Pues en medio de estas alteraciones, y de tantas inquietudes, dónde está aquella imaginada paz que se prometia? *Querens requiem, & non invenit.*

Es aun mas sensible esta inquietud por parte del objeto que adora. No lo vemos cada dia? Era necesario mas, para aprender à preservarnos de dolencia semejante? Ya se considere en su origen, ya se observen sus progresos, ya se haga juicio de ella por el fin, no es el mas inquieto de quantos males hay? En su origen; porque (pongo por exemplo) qué tormento hay que pueda compararse al de una alma que ama, y echa de ver que no es amada; que quiere agradar, y desagrada con eso mismo; que concibe

Tom. III. Quaresma.

L

unos

unos deseos ardientes, y no halla sino tibiezas; que se apura en servicios y cuidados, y no recibe mas que desdenes? No es esta pasion ridicula y extravagante, pero porfiada, la que, por mas vigor que tenga por otro lado, le consume, le enflaquece, y le hace padecer un triste, pero inútil caimiento? Aunque Dios le haya dotado de buen juicio, no es ella la que le hace fátuco, la que acaba con su corazon, y le pone en parage de no poder valerse con ella? De modo es esto, que por mas persuadido y convencido que esté de su locura, ni puede vencerla, ni desecharla; tanto mas infelizmente hechizado, por decirlo así, por quanto lo está á su costa, quando los demas poco movidos de lo que padece, ò le satirizan, ò le tienen compasion.

Este es su lamentable destino, si su pasion no tiene correspondencia. Pero aunque la halle, qué inquietudes, y qué miedos, de que no es igual, sincera, ni constante? De que no es igual, porque dónde se halla correspondencia perfecta? Y quando se hallára, dónde habrá quien por su propia quietud se dé por seguro? Hay quien esté jamas contento de la persona á quien ama? De que no es correspondencia; porque en este trato de las amistades mundanas, y consiguientemente impuras, qué falsas apariencias hay! qué engaños! qué disimulos! qué artificios, especialmente quando la ambicion ò el interes empuñan á que haga este papel la una! Y por poco avisada que sea la otra, qué sospechas justas y legítimas, pero funestas, y desconsoladas la despedazan el alma, y la consumen!

Digo mas: En la prosecucion de esta misma pasion, qué no hay que pasar forzosamente? O la que un amante ha hecho su idolo, es indiscreta y vana, ò es activa y soberbia, ò es caprichuda y desigual, ò es inconstante y ligera. Pues á qué pruebas, á qué indignidades, á qué miserias no está reducido en tal caso? Conviertese la pasion en zelos, como casi indefectiblemente sucede, qué infierno! Puede Dios vengarse mejor de un lascivo, que dexándole caer en él? Desde que los zelos poseen su co-

razon, ha menester mas verdugo que á sí mismo, que le ponga en el potro, y le dé tormento? Qué desvelos le fatigan, y le oprimen? Qué noches tan tristes y horrosas, estando siempre ocupado en pelear con fantasmas, y en llenarse de hiel y de veneno contra unos competidores por ventura imaginarios? Pero si su curiosidad le descubre con efecto lo que temia ver, aunque lo solicitaba con tanto ardor y cuidado, qué despechos! qué furores! Qué imagen de ellos mas natural pudiera daros, que los llantos, y el erugir de dientes de los condenados! *Fletus, & stridor dentium.* (a) Ultimamente, en qué paran, y cómo se desenredan todos estos artificios detestables? Quando uno se dice á sí mismo, esta pasion se acabará, y la salida menos mala que puedo esperar de ella, es que se acabará con algun disgusto; esto es, que se irá pasando con el tiempo, y se convertirá en enfado; pero lo que mas debo temer es, que por ventura rematará con algo que duela, en una infidelidad que será causa de desesperarme, en una ingratitud que me llenará de espanto, en un desprecio que me ultrajará, en una ignominia que me llenará de confusion, y no me dexará tener cara para ser visto del mundo, del qual vendré á ser la fabula, y me desterrará de él para siempre; es decir, que esta pasion tendrá fin sin mí, y á mí pesar, antes que se acabe en mí; que no se mantendrá en mí, sino para hacerme la vida insufrible, y para darme anticipadamente el sinsabor de los horrores de la muerte. Ay! mi Dios; nosotros no lo comprendemos; pero nunca castigais mas rigurosamente al pecador, que quando le dexais en manos de sus apetitos desordenados. Juzga que ha de hallar su felicidad en ellos, y halla una condenacion anticipada. Acabemos: La torpeza señal de reprobacion; esta ha sido la primera parte: la torpeza principio de la reprobacion; esta es la segunda.

(a) Matth. 8. v. 12.



## II. PARTE.

Para hablar como los Padres, y reducir à los principios de la Teología la segunda proposición que asenté, obrar la reprobacion en un alma es conducirla à la impenitencia final; pues es evidente, que la impenitencia final es la disposición mas proxima para la reprobacion, ò por mejor decir, es principio de ella. En efecto, dice San Agustín, los pecadores no están condenados, sino porque ya no están en camino, ni en estado de hacer penitencia: si pudieran recobrar este estado, y moverse aun en el mismo lugar de su tormento con algun afecto de verdadera conversion, el infierno no lo sería para ellos, y dexáran de ser condenados; pero lo son, y lo serán siempre, porque para ellos se acabó la conversion, y una impenitencia consumada puso, por decirlo así, à su condenacion el ultimo sello. Si hay pues, algun pecado que tenga por efecto particular y específico, hacer que el pecador se obstine en esta impenitencia infeliz, à este llamo principio de reprobacion, y no señal de ella solamente.

Este es el pecado de la torpeza: porque entre los pecados que precipitan al hombre en el abismo de la perdicion, ninguno está mas distante de la penitencia Christiana, y por consiguiente mas irremisible en el orden de la providencia. Digo *irremisible*, no en el sentido que lo entendió Tertuliano, quando intentaba persuadir que este era un pecado sin remedio; que la Iglesia no tenía poder para perdonarle, y que todos los torpes habian de ser abandonados al rigor de los castigos de Dios, excluidos de toda reconciliacion, reprobados visiblemente, y separados sin recurso del cuerpo de Jesu-Christo. Porque era un error entenderlo así; y este error, por distinguirlo de la verdad que predico, consistia en dos puntos. Lo primero, porque Tertuliano juzgaba, que la torpeza era por sí misma, y absolutamente irremisible, lo qual me guardaré aun de pensar; solamente digo, que es un pecado muy dificultoso de remediar; de suerte, que los mismos

re-

remedios instituidos por el Hijo de Dios, y cometidos à la dispensacion de la Iglesia; aunque pueden borrarle, no obstante eso, no le borran sino muy rara vez, porque son muchos los estorbos casi invencibles que impiden sus efectos saludables. Lo segundo, porque el pensamiento de Tertuliano era, que la impenitencia habitual que se sigue de la torpeza, no dependia de la voluntad del pecador; porque segun sus máximas, aunque el pecador hubiera hecho los ultimos esfuerzos, y dado las pruebas mas claras de una conversion perfecta, la Iglesia no debia atender à eso para restituirla à la participacion de los misterios divinos, y à la comunión de los fieles, que es otro artículo que condena la Iglesia, y yo con ella condeno; reconociendo, que si el hombre mas arrebatado de sus pasiones, y mas escandaloso se convirtiere à Dios sinceramente, si diere sólidas muestras de su conversion, si justificáre su conversion con un tenor ajustado de vida, en este caso la Iglesia imponiendole la debida satisfaccion tendrá razon para admitirle à la penitencia, y concederle el perdon que pidiere con gemidos y llantos. Pero añado tambien, que el hombre por el desorden de su costumbre se fabrica, por decirlo así, un estado de impenitencia, y de una impenitencia voluntaria, de la qual no quiere salir mientras conserva la causa que endurece su corazon tanto mas perniciosamente, quanto mas le alhaga el gusto, y mas le agrada.

En esto se diferencia la verdad que yo establezco, de la heregia de Tertuliano: donde os ruego, que reparéis de paso conmigo dos cosas importantes, y que pueden ser utiles para vuestra edificacion: conviene à saber, el principio de donde esta heregia nació, y su fundamento. De dónde nació esta heregia? Atended aqui: de un horror santo que tenía la Iglesia contra el pecado à que hago guerra; pero un horror, que Tertuliano (por decirlo así) llevó mas allá de sus terminos, fiandose demasiado de su entendimiento y parecer. El Evangelio me asegura, decia él, que hay unos pecados monstruosos que no se perdonan, ni en este siglo, ni en el venidero: no hay en un

Chris-

Christiano cosa mas monstruosa que el desenfrenamiento de una carne sensual y lasciva; luego es necesario que este sea uno de los pecados irreversibles de que habla el Espiritu Santo. Engañabase en la primera proposicion, no tomandola en el sentido católico que la modifica: pero por lo que toca à la segunda, nada suponía que no estuviese universalmente recibido; y eso nos basta para hacer juicio, de que la torpeza se miraba en aquellos tiempos como un pecado muy enorme; pues habia hombres sábios y zelosos, que no podian consentir que la penitencia mas cabal y cumplida bastase para merecer que fuese perdonado. Ademas de eso, por esta misma heregia se puede juzgar quàn rigurosa era la disciplina de la Iglesia en orden à ese delito, y de la severidad con que se procedia contra los torpes. Y es claro que esto era así, pues la constitucion del Papa Zeferino, en que prometia perdon à los que caian en el pecado de la simple fornicacion, aunque tan conforme à las reglas de la prudencia, no dexó de causar divisiones en los animos, llegando à desagradar à muchos, y à excitar revoluciones en otros, entre los quales Tertuliano se declaró mas à cara descubierta. Tengo noticia, decia en el fervor de esta controversia, que el sumo Pontífice, Obispo de los Obispos, ha publicado un decreto decisivo y absoluto, en virtud del qual los que incurrer en el pecado de la fornicacion, despues de los exercicios ordinarios de una penitencia trabajosa pueden esperar la remision entera de su culpa: *Audio Edictum, & quidem peremptorium: Pontifex scilicet Maximus, Episcopus Episcoporum dicit: Ego fornicationis delicta penitentia functis dimitto.* Y exclama despues: O indignidad, ò prevaricacion, ò abuso que abre la puerta à toda suerte de dissolution! Atended aqui, Christianos; este proceder le escandalizó, y mas quiso separarse del cuerpo de la Iglesia, acusandola de relaxacion, que subscribir à este decreto y aprobarle: Luego es necesario que la simple fornicacion hasta aquel tiempo hubiese estado sujeta à penas muy rigurosas. Pero en qué se fundaba Tertuliano para pasar tan allá de los límites, y tratar de irremisible un pecador,

el mas digno de perdon segun el mundo? Se fundaba, Christianos, en razones de gran peso, aunque él abusó de ellas. Pongo por exemplo. No podia sufrir que un Christiano alegase por excusa de su delito la flaqueza de su carne. Ah! hermano mio, replicaba: no me digais que la carne ha sido flaca en vos: no ha sido sino muy fuerte, pues ha prevalecido contra el espiritu: *Nulla enim tam fortis est caro, quàm que spiritum elicit.* Pues qué, añadía, hemos de reusar la gracia de la penitencia al que cae en la persecucion, y se la hemos de conceder al que à una passion se rinde! No perdonamos à una carne que aterró el miedo de los tormentos, y hemos de perdonar à la que por un engañoso deleite se ha estragado? No, no; proseguia, fuera injusticia: porque una caída voluntaria y libre es mucho menos digna de compasion, que una involuntaria y forzada cobardía. La apostasia de un Christiano por miedo de la muerte, aunque es un delito tan grave, es efecto de la violencia agena: pero el delito del torpe nace de pura infidelidad propia. El Christiano cobarde, y desertor de su Religion puede alegar en su defensa la crueldad de los verdugos; pero el sensual y delicioso no puede echar la culpa sino à sí mismo. De estos dos, à vuestro parecer, quien ultraja mas à Jesu-Christo? El que le niega en los tormentos, ò el que le abandona en las delicias? El que padece y gime, quando le falta en la fe, ò el que pierde la fe por cumplir su gusto, y satisfacer su apetito? Todos estos sentimientos de Tertuliano sin duda son grandes y elevados: pero escuchad su principal razon: y es, que habiendo sido la carne del hombre adoptada, ennoblecida, y santificada por la Encarnacion del Hijo de Dios, el pecado que la deshonra y la ensucia, no solo debe tenerse por delito, sino por monstruo. Porque al fin, continuaba en el mismo lugar, si la carne estaba sin freno, y del todo perdida antes de Jesu-Christo, se puede decir que no era aun digna de los dones del Cielo, ni estaba aun hecha à los exercicios de la santidad: pero despues que el Hijo de Dios haciendose carne contraxo el mas intimo parentesco con ella: *Et Verbum carum factum est:*



est: (a) Ah! hermanos míos, concluía Tertuliano, hemos de pensar, que esta carne como que ha mudado de naturaleza, y que ya no es lo que era: *Exinde caro quaecumque alia jam res est*. Pues por qué la hemos de querer justificar? Por lo que nos parece que tiene de fragil: *Quid ergo illam nunc de pristino excusas*. Que la torpeza en la ley antigua fuese remisible, era porque en este tiempo el hombre no tenía aun la dignidad de miembro de Jesu-Christo, ni la carne nuestra gozaba del privilegio de estar incorporada con la suya; pero despues que esta se unió personalmente con ella, despues que se lavó en el bautismo y en la sangre del Cordero, despues que en ella se hicieron las obras mas excelentes de la gracia, es justo, ó que la conserveis en esta honra, ó que seais reprobados de Dios eternamente.

Así arguía este defensor de la pureza, aunque mirando bien las cosas era un defensor obstinado y ardiente con exceso. Así fulminaba una maldición eterna contra el lascivo: pero yo, Christianos, sin pasar tan allá, dixé y digo, que la torpeza no excluye absolutamente al pecador de la misericordia divina; pero él se excluye à sí mismo de ella por la voluntad porfiada con que se entrega à su pecado. Quereis oír las pruebas de esto? Reduzcolas à tres: y son, que no hay pecado que ponga à mayor riesgo de recaer al que le comete; no hay pecado que le ponga à mayor riesgo de desesperar; no hay pecado que mas estrechamente aprisione al pecador con la costumbre. Atendedme aun un instante, y concluyo.

No hay pecado que ponga en mayor riesgo de recaer al que le comete. Escuchad en esta materia lo que se dice à sí mismo el espíritu impuro en nuestro Evangelio: *Revertar in domum meam, unde exivi*. (b) Yo volveré à mi casa de donde he salido: porque aunque la he dexado, no dexa de ser mia, por la facilidad que hallo de volverme à ella quando quisiere; y quando la dexo, es por algun tiem-

po.

(a) Joan. 1. v. 14. (b) Matth. 12. v. 44.

po, sin dexar por eso de ser su dueño: yo me volveré à ella: *Revertar*, y recobraré todas las ventajas que en ella tenía: yo la encontraré limpia y adornada, pero la ensuciaré de nuevo, y serán los fines de esta alma peores que los principios: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus*. Os reconoceis, Christianos, en esta pintura? No es una expresion natural de lo que pasa en vosotros? Si estais poseidos de este demonio de la carne, no son estas las desgraciadas experiencias que haceis cada dia de su poder, y de vuestra flaqueza? Despues que le habeis echado de vosotros, no es este el modo con que vuelve? Ha menester mas, fiado en vuestra fragilidad, que emplear el engañoso hechizo de un gusto percedero para pervertiros? Por mas que os apliqueis à purificar vuestras conciencias, á componerlas y adornarlas, no es este el modo con que empieza de nuevo á inficionarlas y corromperlas? En tal caso, no es vuestro estado mucho mas miserable que era? No os haceis mucho mas esclavos de la sensualidad, mas incapaces de irros á la mano, mas arrebatados de las ocasiones, y en vuestras resoluciones mas desalentados y mudables? Ah! hermanos míos; permitidme que os lo diga con dolor: esto es lo que hace gemir à los Pastores de vuestras almas, y à los que han de dar cuenta de ellas. Quando recurris à nosotros en el tribunal sagrado de la Penitencia, esto nos hace sospechosas vuestras confesiones; esto hace que no nos fiemos de vuestros fervores; esto nos obliga, como á dispensadores de los misterios de Dios, à tomar tantas precauciones con vosotros, à no creer os sobre vuestra palabra, à desconfiar de vuestras lagrimas y suspiros, à suspenderos la gracia del Sacramento, y concederla con dificultad despues de muchas dilaciones: esto nos pone muchas veces en el estrecho de desnudaros de aquellas entrañas de misericordia que pide nuestro oficio, y de endurecernos contra vosotros reusando absolutamente el desataros y absolveros.

No hay culpa que ponga al pecador en mayor riesgo de desesperar. San Pablo nos lo advierte: *Desperantes semina*. Tom. III. Quaresma. M me-

*metipsos tradiderunt impudicitiae* (a). Yo os ruego, hermanos míos (les decía a los Efesios) que no viváis como aquellos pecadores, que perdiendo toda esperanza se entregan a toda disolución: *In operationem immunditiae omnis*. Porque el efecto mas ordinario de la torpeza es destruir en el alma todo el edificio de la gracia, y echar por tierra hasta el fundamento de ella, que es la esperanza cristiana. Mas pregunta aun San Juan Chrisostomo, de qué desespera el lascivo, y de quién desespera? Desespera, continúa el Santo Doctor, de su conversión, desespera de su perseverancia, desespera del perdon de sus pecados, desespera de su voluntad propia, desespera de Dios, y desespera de sí mismo. Hay mas tristes, y mas desconsolados extremos? Desespera de su conversión; porque, cuál es el medio (se dice a sí mismo, o por mejor decir, le hace decir el espíritu impuro) cuál es el medio de romper mis cadenas, el medio de arrancarme del corazón una pasión en que consiste todo el gusto de mi vida, y de renunciar sinceramente lo que amo mas de veras? Si dixera que quiero este medio, no fuera mentir al Espíritu Santo? Y si no tengo valor para resolverme a él, y quererle, no soy el mas desgraciado de los hombres, y el mas desamparado de Dios? Aun supuesta su conversión desespera de su perseverancia; porque, qué es lo que puedo aguardar de mí, prosigue, despues de tantas ligerezas y mudanzas? Aunque yo le diga hoy a Dios que quiero salir de mi miseria, y que la resolución que he formado ha de ser eterna, por solo decirlo y pensarlo, estaré mas en estado de llegar a la execucion? No he dicho cien veces lo mismo, y cien veces despues de haberlo dicho, no he vuelto a ser el mismo que era? Por qué he de pretender que tendré mas constancia en lo que dixere ahora? Por qué he de lisonjearme de que no seré ya como caña combatida del viento, que cede y se dobla al soplo mas ligero? AI

(a) Ephes. 4. v. 19.

Al quererlo así, y al empeñarme en esto, mudaré de natural? Tendré otro temple de alma? Lograré mayores auxilios? Me darán remedios mas prontos y eficaces que los que he hecho inútiles tantas veces? Al fin, desespera al mismo tiempo de Dios, y de sí mismo; de Dios, porque es un Dios de santidad que no puede aprobar ni sufrir la culpa; de sí mismo, porque siendo carnal, y estando vendido, como dice San Pablo, al pecado: *Venduntus sub peccato* (a); apenas tiene poder para amar el bien en adelante: de Dios, porque ha abusado tantas veces de su misericordia y de su paciencia; de sí mismo, porque tiene las pruebas mas claras y convincentes de su inestabilidad y su inconstancia: de Dios y de sí mismo, porque ve entre Dios y entre sí infinitas contrariedades que no juzga poder vencer, y le obligan a tomar el partido de entregarse a los deseos de su corazón: *Desperantes semetipsos tradiderunt impudicitiae*.

Tambien es verdad que ningun otro pecado tiene en mas estrecha prision al pecador por la costumbre. Todo sirve para esto: las ocasiones de este pecado mucho mas frecuentes, la felicidad de cometerle mucho mas grande, la inclinacion natural mucho mas violenta, las impresiones que hace mucho mas fuertes. No busquemos tantas razones, insístamos en la experiencia solamente. A vosotros os lo pregunto, amados oyentes míos; cuántos torpes se ven en el mundo; torpes, digo, de asiento, que se conviertan? Conocéis muchos en quien la gracia haya obrado esta mudanza? Yo hallo, decía antiguamente San Juan Chrisostomo (y tengo yo mas razon para decirlo el día de hoy) yo hallo muchas almas puras, que totalmente se han preservado del contagio de la culpa: las ha habido en todos tiempos, y las habrá siempre para edificación de la Iglesia, y gloria de Jesu-Christo. Veo en la Christianidad tropas de hombres crucificados al mundo y a la carne, que viven en la tierra como Angeles del Cie-

(a) Rom. 7. v. 14.



lo: veo congregaciones de Virgenes, que segun la expresion de San Juan, han blanqueado sus vestidos en la sangre del Cordero: veo en ella mugeres llenas de virtud, y viudas de una reputacion y una vida sin tacha: pero Christianos castos y arreglados despues de haber vivido en la disolucion; hombres ántes lascivos y sensuales, que hayan dexado de serlo; almas licenciosas y disolutas, que hayan recobrado la honestidad despues de haberla perdido por la incontinencia: Ay! hermanos míos (continuaba San Juan Christostomo) esto busco en el mundo, pero inutilmente; y esto me hace dudar, si en materia de este delito no es la penitencia mucho mas rara que la inocencia; y si no es mas facil mantenerse del todo sin caer, que levantarse despues de la caida. Yo sé, amados oyentes míos, que á Dios uno y otro le es posible: sé que la Escritura y la tradicion no dexan de darnos exemplos de uno y otro; pero cómo se nos proponen? Como unos prodigios de la gracia, como unos casos extraordinarios y singulares: un Agustin, una Magdalena, algunos otros, especialmente escogidos para vasos de misericordia, pero cuyo corto numero es mas para haceros temblar, que para haceros presumir.

Me diréis, que con todo eso estos hombres esclavos de la carne van con dolor al Sacramento de la Penitencia. Con dolor, Christianos? Ah! qué tal es ese dolor? porque para haceros patente el engaño comun que hay en él, si acaso le ignorais, oid. Muchos, dice el Canciller Gerson, van al Sacramento de la Penitencia, mas para ser condenados de Dios, que para ser absueltos de sus Ministros: van á él, pero con circunstancias que muestran bien, que su designio no es desarraigar la culpa. Porque á qué fin aquellos miedos, y aquellos rebozos al acusarse? A qué fin aquellas condescendencias nacidas de una prudencia totalmente humana? Por qué las mudanzas de Confesores? Por qué tambien la eleccion afectada de los menos severos, y mas fáciles? El mejor medio para un Christiano en quien este pecado reyna, es sujetarse al gobierno de un hombre lleno de Dios, sabio, exacto y zeloso; pe-

to esto es lo que no quieren. En fin, van al Sacramento haciendo treguas con su pasion, pero sin romper jamas con ella: observados despues, y vereis si tengo razon para no fiarme de su penitencia. Detestan al parecer su pecado; pero no dexan por eso de querer el objeto, y de mantener las ocasiones. Deshacense de una aficion, pero solamente para contraer otra. Llegando á serles dañosa la continuacion de esta persona, aun segun el mundo, se apartan de ella, pero toman partido en otra parte: á falta de esta hallarán aquella. Digo mas: á falta de todo lo demas, se hallarán á sí mismos, y esto basta. Asi mudan de sugetos, pero no mudan de aficiones, y con todo su imaginado dolor, se estará en pie siempre su pecado. Qué, pues, harán una penitencia verdadera? En esta vida? no se resuelven jamas. En la otra? es inutil, y sin efecto. En la muerte? entonces es el pecado el que los dexa, y no son ellos los que dexan el pecado. Vedlos ahí, pues, sin penitencia; ni en el tiempo, ni en la eternidad, y por consiguiente en estado de reprobacion. Pues qué es lo que los reduce á este estado? la torpeza. Mas si esto es así, luego el mundo está lleno de réprobos, pues está lleno de sensuales y lascivos. A esto, amados oyentes míos, no tengo mas respuesta que dar, sino decir dos sentencias de autoridad tan respetables, y al mismo tiempo tan expresamente decisivas, que no hay réplica contra ellas.

La primera es de San Pablo; y es, que los lascivos no serán jamas herederos del Reyno de Dios: *Neque fornicarii, neque adulteri, neque molles regnum Dei possidebunt.* (a) La segunda del mismo Jesu-Christo; y es, que todos somos llamados al Reyno de Dios, pero son pocos los escogidos: *Multi vocati, pauci electi.* (b) Pues comparando estas dos grandes verdades entre sí, aunque á primera vista parezcan independientes la una de la otra, descubro en ellas una concatenacion admirable; porque quando me imagino de una parte muchos llamados, y pocos escogi-

(a) 1. Cor. 6. v. 9. &amp; 10. (b) Matth. 22. v. 14.

dos; y veo por otra tantas almas sensuales, y castas tan pocas; no tengo dificultad en ver la conexión de la sentencia del Salvador del mundo con la del Apostol, ni busco mas explicacion de este terrible misterio de la predestinacion y reprobacion de los hombres. Los dos partidos que hacen en el mundo la incontinencia y la castidad, bastan para hacer que lo entendamos. Porque si hubiera en él muchas almas puras, ò se convirtieran muchas de las lascivas, no pudiera persuadirme à que el numero de los escogidos fuese tan corto. Al contrario, si fuera verdad que los escogidos eran muchos, no obstante el corto numero de las almas puras, y el mas corto de las almas torpes convertidas, se podria inferir que los lascivos han de tener lugar en el Reyno de Dios. Pero un numero infinito de sensuales y lascivos, y ningun lascivo admitido à la herencia celestial, es lo que verifica, y lo que me hace perfectamente entender el oráculo del Hijo de Dios; los llamados muchos, los escogidos pocos: *Multi vocati, pauci electi.*

A vosotros os toca, amados oyentes míos, tener cuidado con esto: aun es tiempo para vosotros; porque no obstante lo dicho, aun es tiempo, y no quiera Dios que yo os envíe sin esperanza. En proponeros verdades tan terribles, solamente tengo el designio de hacer que os sean provechosas. Si he dicho que la torpeza es entre todos los pecados el que pone al pecador à mayor riesgo de recaer, ha sido para obligaros à que os exerciteis mas exáctamente en la vigilancia christiana. Si he dicho que no hay pecado que le exponga mas à la tentacion de desesperarse, ha sido para que os levanteis sobre vosotros mismos, y animaros à implorar la ayuda de Dios con mas fervor y desconfianza. Si he dicho que no hay pecado que mas estrechamente tenga aprisionado al pecador con la costumbre, ha sido para infundiros sentimientos mas heroicos, y determinaros à hacer mas generosos esfuerzos. Vuestra salvacion los pide, y Dios los aguarda de vosotros; pero para esto, mi Dios, tenemos necesidad de vuestra gracia, de una gracia que nos prevenga, de una gracia triunfante y todo poderosa. Esta gracia pediré sin cesar: es preciosa, y

conozco su valor; pero por preciosa que sea puedo alcanzarla, y Dios no se la negará à mis ruegos. No pondré estorbo alguno à esta gracia: no basta esto; me dispondré para ella; pero cómo? Con la fuga de las ocasiones, con la mortificacion de mis sentidos, confesando freqüentemente, con la leccion de buenos libros, con el trato provechoso, con un Director de sabiduria y zelo, con las limosnas, con los sacrificios, con todos los medios que la Religion me ofrece. A esta gracia corresponderé fielmente, y sin engañarme; prontamente, y sin detenerme; enteramente, y sin reservar nada. Gracia, que no arriesgaré jamas; porque arriesgarla seria querer perderla: y con ella me prometeré una santa perseverancia, hasta llegar à la gloria, &c.